

SANCHO PANZA EL IDEALISTA

Pere Foix

NOTA EDITORIAL

Con motivo del IV Centenario del nacimiento de Cervantes, esta editorial lanza el presente folleto de Pere Foix, cuyos beneficios han de ser, en su totalidad, para aquellos que en el interior de la Península Hispánica lo dan todo, incluso la vida, a fin de conseguir el restablecimiento de nuestras libertades conculcadas por el más horroroso de los regímenes de que da noticia nuestra historia.

Foix ha querido que Ediciones Vértice ponga su sello editorial en este opúsculo que viene a ser algo así como una reivindicación moral del escudero de don Quijote, cuya interpretación por parte del autor de este trabajo, es a nuestro juicio algo nuevo en la inmensa labor crítica sobre la genial obra del fénix de los ingenios españoles.

Y quiere, el crítico, que a su interpretación, paralela a la obra divulgadora de aquel personaje tan original, vaya acompañada una labor práctica para ayudar a los que, en el interior de los pueblos de España, a los que en la Resistencia emulan al gran personaje de Cervantes, sea como un estimulante moral y económico para lograr que el imperio de la tiranía caiga hecha pedazos cuanto antes.

Sabemos de sobra que vamos a **topar con la Iglesia**, pero si nuestra labor de aportación económica puede contribuir a allegar fondos para ayudar a la heroica Resistencia y con ella contribuir a la caída de la más vergonzosa tiranía que registran los siglos, estaremos satisfechos de haber topado con la Iglesia y haber demolido sus principales muros, que descansan sobre los cimientos de todas las iglesias y del fariseísmo encumbrado en otras capas sociales de la España negra.

Con la convicción de haber contribuido a dicha obra de liberación, nosotros ponemos el sello de nuestra editorial en este folleto, esperando que los antifascistas amantes de las libertades humanas, rubriquen con su solidaridad efectiva esta edición para lograr aumentar las posibilidades de acción de nuestros hermanos del interior, cuyos pechos se enfrentan a los asesinos de Franco.

Editorial Vértice

* México, 1947. Digitalización: KCL.

SANCHO PANZA EL IDEALISTA

“¡Gorrino, glotón! ¡Sancho Panza!” Muchas habrán sido las veces, lector amigo, que habrás oído y quizá tú mismo exclamado semejantes palabras. Y aun estas otras: “Mientras los pueblos sigan gobernados por los Sancho Panza...”

A nuestro entender, temerario es calificar a Sancho Panza de comilón y de persona sin desvelos ni ilusiones, ni anhelos de alcanzar las grandes cosas que van tras los ideales, porque es Sancho hombre de buen entendimiento que si a veces piensa en lo que no es, pero que debía ser, a menudo ve hombres y cosas en su real y verdadera naturaleza, sin contar que también su fantasía suele volar tan alto como la del propio don Quijote, su amo y señor.

Al verse Sancho metido de hoz y de coz en los intrincados asuntos de la caballería andante y aventurera, ocasiones hay que su locura no anda en zaga a la de don Quijote. ¿Qué algo espera recibir de tantas pendencias, desvelos, sufrimientos, magulladuras, manteos, días de ayuno y noches al sereno? ¡Seguro que sí! ¿Qué idealista luchador no apetece ver el fin de sus sufrimientos con la implantación del ideal por él propagado? Ninguno. ¿Qué Sancho rústico, soez y avaricioso, nada tiene de idealista? No tal. Sancho el bueno, el sentimental, amante del hogar, deja la casa, la mujer y los hijos, y se engarza en las descomunales aventuras que a la merced de don Quijote gustaran. ¿Quién podrá negar que en aquello de dar suelta a los encadenados, libertad a los presos, socorrer a los menesterosos, ayudar a los miserables, alzar a los caídos, remediar las desventuras, amparar a las doncellas, defender a las viudas, honrar a las casadas, recoger a los huérfanos y enderezar entuertos, no forma parte de la misma vida de Sancho, a las pocas semanas de servir a don Quijote?

Si Sancho llega a creer en el valor y en las razones de don Quijote, y en lo de que no hay más ley que la espada del de la Triste Figura, ni más fueros, ni bríos, ni otras pragmáticas, ni voluntad superior a la de don Quijote, a quien considera de tal preeminencia que jamás caballero andante en el mundo pudiera igualársele, ¿cómo tildar al bueno de Sancho de apego a lo material? Tan princesa Micomicona es Dorotea para Sancho como para don Quijote. Tan sencillote, sin malicia ni rencores es Sancho, que cualquiera lo echa de ver en la expresión de su rostro: en él se refleja el contento o la aflicción de su alma. ¿Qué Sancho es hablador en demasía? Hablador sí, en demasía no. Habla cuanto piensa porque no es de los que, hipócritas, escuchan el ajeno pensar y guardan cautelosos sus pareceres sin decir ni pío. Ni hipócrita ni tampoco lerdo en las mundanas cosas y sí, en cambio, de pensamiento agudo y ocurrente palabra, sin que le pese decir a cualquiera bien o mal, una cosa u otra, ni deja nunca de cantarle cuántas son cinco a quien sea, siempre que ello convenga. Don Quijote, a menudo le recrimina sus muchos refranes y sentencias que ensarta vengan o no a cuento, según expresa su amo, pero que hay que aceptar como buenos. ¿Pruebas? Ahí va una: “En donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni a donde hay escasez la liberalidad”, sentencia Sancho Panza.

Tampoco puede afirmarse, sin proferir injuria, que Sancho sigue a su amo en vistas a conseguir riquezas, canonjías o el gobierno de alguna ínsula. Recuérdese la escena del enjaulamiento de don Quijote, cuando el escudero le dice al inquieto caballero: “Pues con todo eso digo que para mayor abundancia y satisfacción sería bien que su merced probara a salir de esta cárcel que yo me obligo con todo mi poder a facilitarle, y aún a sacarlo de ella, y probara de nuevo subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, según va de melancólico y triste; y hecho esto, probáramos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediera bien, tiempo nos queda para volvernos a la jaula, en la cual prometo a ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con su merced, si acaso fuera su merced tan desdichado, o yo tan simple que no acierte a salir con lo que digo”.

¿Son estos, conceptos materialistas? Sancho, como todo ser viviente y pensante -¡que duda cabe!- anhela el bienestar y yendo tras él se afana en su busca y languidece en espera de hallar el fin de su penoso camino, habiendo de ser el fin de sus pesares, será que la hora feliz del premio a sus desvelos y penalidades, el reposo para el cuerpo, el regalo para los suyos, que en él sólo piensan, después de haber conseguido la meta de sus deseos.

El loco ideal de remediar todos los males habidos y por haber que anima la caballeresca aventura de don Quijote, se pega en el cerebro del escudero quien, entre advertido, discreto y soñador, le aconseja a don Quijote que yace en el suelo mal herido: “... y volvamos a mi aldea en compañía de estos señores que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama”.

No porque la sobrina de don Quijote, en su ira de ver a su tío turbado el entendimiento le gritara a Sancho “golosazo, comilón que tú eres” al hablarle Sancho de ínsulas que la sobrina pensara serían cosas de buen comer, habrá de ser verdadera y justa la injuria que ha corrido hasta nuestros días y que el vulgo atribuye, muy sin razón, a Sancho Panza. ¿Golosazo y comilón, Sancho? No, señora sobrina; porque quien tal es, en modo alguno puede expresarse como ahora veremos, estando don Quijote platicando con el bachiller Sansón Carrasco, a punto de emprender la tercera salida y que dice: “Lo que yo sé decir es, que si mi señor tomara mi consejo ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando entuertos, como es uso y costumbre de los buenos caballeros andantes”.

Y en las disquisiciones que entre don Quijote, el bachiller enredador y el escudero leal se hacen acerca de la andanza de caballería, en el aposento del primero, nadie podrá afirmar sin mentir, que Sancho habla cual lo haría un vulgarote destripaterrones afanoso de riquezas, sino que se habrá de reconocer que se expresa con tal tino, fineza y donaire, que fuerza a don Quijote a loar su agudeza con las siguientes palabras: “Di, Sancho amigo; pasa adelante, que hablas hoy de perlas”.

¿Creía realmente el “avaricioso” escudero en la futura posesión de la ínsula o gobierno en tierra firme? He aquí lo que sobre ello piensa y expresa a su señor: “Verdad sea que si sucediera (lo cual no lo creo ni lo espero) que su merced me diera la ínsula que me tiene prometida...”

Sancho Panza, de natural pacífico y reflexivo, desconfiado y socarrón que en muchas cosas ve segundas partes, cuando oye contar a don Diego de Miranda, el del Verde Gabán, la vida de bien que el hidalgo lleva, cuenta Cervantes o Cide Hamete Benengeli que, pareciéndole a Sancho buena y santa y que quien tal hace, milagros debe hacer, se arroja del rucio, y con gran prisa lo va a asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi en lágrimas, le besa los pies una y muchas veces. Lo visto cual por el del Verde Gabán, éste le pregunta: “¿Qué haces, hermano? ¿Qué besos son estos?” “Déjame besar -respondió Sancho- porque me parece su merced el primer santo a la jineta que he visto en todos los días de mi vida”. “No soy santo sino pecador -le dijo el hidalgo-. Tú sí, hermano, que debes ser bueno, como tu simplicidad lo muestra”.

No, Sancho no es el tipo repelente y antipático como comúnmente se le presenta sino una perla que reluce en el muladar que es este mundo de malaventuranza. No le domina el alcance de lo material, ni es por la consecución de bienes, que quiere llevar a su amo a la cordura, sino que le invita a ir por caminos y senderos en busca de aventuras.

Si en el libro de Cervantes hay personajes repulsivos, ellos son el cura, el bachiller, el barbero, los duques y el don Antonio Moreno, de Barcelona, que aparecen como gente comedida, razonable, sosegada, enemiga de lo desconocido, maldicientes de hazañosas aventuras, que temen lo heroico y que obran conforme a espíritus mezquinos, que gustan de sembrar la semilla de la esclavitud y cultivan la ignorancia, para que la fe no entre en lo hondo del corazón de la

multitud de cabreros que con sentido de lo práctico no apetece la luz, sino que buscan yerba en qué pacer ellos, que no las cabras.

El barbero maese Nicolás, el bachiller Sansón Carrasco, el cura Pero Pérez, junto a los duques y al Antonio Moreno ya citados, son los que podríamos llamar los malos de la historia, que igual queman libros que hacen burla de don Quijote y de Sancho. A Sancho le consideran tan loco como al propio don Quijote, porque iluminado por la fe de su amo, huye de su sombra. A Pero Pérez, Sansón Carrasco y maese Nicolás, se les unen, en su grotesca burla, otros personajes, mayormente los duques, auténtica representación de la España perezosa, que al no hallar nada de provecho que hacer, impedidos que están de presentar obra alguna de merecimiento, o persiguen a los por ellos considerados fuera de toda regla o hacen chanzas de mal gusto respecto a los idealistas que, iluminados por los hados de bien, predicán justicia y libertad sin esperar premio ni galardón, ni nada que aproveche a sus personas. A estos ilusos hay que ridiculizarlos o taparles la boca o eliminarlos, pues, ¡menguados estaríamos si el vulgo escuchara a semejantes desvariados! Y fíjate, lector; siempre que surge, a través de la historia de un país cualquiera, un hombre con la pretensión de redimir a sus semejantes, se alborotan los curas, los bachilleres, los barberos, los duques y los ricachos, porque entienden que solamente a ellos les es dado sacar provecho del trabajo y desvelo común, y el fruto del común laborar, que a todos ha de pertenecer, sólo ha de ser gustado por esos barbíanes que se insolentan y piden a gritos la degollina de todos los Quijotes y Sanchos, que tan malos ejemplos dan con sus irreverentes salidas, yendo en busca de aventuras a fin de enderezar entuertos y velar para que la justicia reine en la tierra y triunfe en ella la verdad. “Como son soberbios, holgazanes y ávidos de placeres, se someten con gusto a las molestias que los hace vanidosos” expresa Anatole France.

Veán cómo esos duques, picados de sabihondos, son burlados por el propio Sancho Panza, cuando, para risa y diversión de sus orondas personas, le envían a Barataria en calidad de Gobernador; aquí el burlador sale bonitamente burlado ante la sensatez del buen Sancho, del Sancho discreto que sabe dar lecciones a los bachilleres y licenciados, por la destreza y honra con que gobierna la ínsula durante sus diez memorables días.

Cuenta el propio mayordomo enviado por el duque a Barataria: “Cada día se ven cosas nuevas en el mundo; las burlas se vuelven veras, y los burladores burlados”. Y fue tan buena la gubernatura de Sancho que “hasta hoy se guardan en aquel lugar y se nombran las Constituciones del Gran Gobernador Sancho Panza”. Y al llegar a la fingida batalla por el disimulado ataque a la ínsula, luego de ser molido a palos y coces, abandona Sancho un Gobierno tan sin camisa cómo en él entró. Pregunta Sancho qué hora es y sin decir nada a nadie sobre sus intenciones, va a la caballeriza y acercándose al rucio, le abraza, le besa la frente y con los ojos humedecidos le dice:

“Ven tú acá, compañero mío y amigo mío y conllevador de mis trabajos y miserias; cuando yo me avenía contigo, y no tenía más pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar tus aparejos y de sustentar tu corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis días, mis años; pero después que te dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos”. Y añade: “Yo no nací para gobernador ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieron acometerlas. Mejor se me entiende a mí arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas que de dar leyes ni defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma; quiero decir que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido”.

Naturalmente, semejante razonamiento no es ni puede ser del gusto de los entrometidos, de los fallidos comerciantes o taberneros sin escrúpulos, que, olfateando aquí y allá, creen encontrar su bienaventuranza en la política para daño y perjuicio de los desgraciados que en ellos fían sus cuitas. Sancho Panza siempre será mal visto por los trapisondas de la política, por poner al

descubierto sus fechorías y proclamar lo que a cada cual conviene para la salud pública, diciendo aquello de “zapatero a tus zapatos”.

¿Sancho ambicioso? Ni por mientes. “Saliendo yo desnudo como salgo de mi gobierno, no es menester otra señal para dar a entender que he gobernado como un ángel”, dice el propio Sancho, y le sobra razón.

Cuando los servidores de los duques, que por órdenes de éstos fingen serlo de Sancho, le ofrecen compañía para el camino y cuanto hubiera menester para regalo de su persona y comodidad de su viaje, y Sancho les dice que no quiere más que un poco de cebada para el rucio y medio queso y medio pan para él, todos quedan admirados de su discreción y humildad.

Así como los apergaminados duques no consiguen con sus engaños y mofas ridiculizar al para ellos desventurado Sancho, enemigo de quimeras y amigo del buen yantar, según ellos entienden, tampoco don Antonio Moreno alcanza desnaturalizar la noble figura de don Quijote, cuando el ricachón barcelonés pasea por las calles de la ciudad condal al caballero manchego con un letrerito pegado a su espalda que decía: “Este es don Quijote”, ni aún en el trance, desagradable por cierto, en que el Antonio Moreno aquél, hace bailar -¡suprema injuria!- al Caballero de la Triste Figura.

Al ser vencido don Quijote por el bachiller Sansón Carrasco disfrazado de Caballero de la Blanca Luna, cuenta Cervantes que “el fiel Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué hacerse ni decirse; le parecía que todo aquel suceso pasaba en sueños y que toda aquella máquina era cosa de encantamiento. Veía a su señor rendido y obligado a no tomar las armas en un año; se imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas oscurecida, las esperanzas de nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo por el viento”.

Y es que la tristeza le venía del derrumbe de sus ilusiones; el pesar, por no poder ver con sus ojos el reino de la justicia, tan gallardamente defendida por su amo y que él, Sancho, creía que era cosa de razón verla establecida y, claro, ante el fracaso de lo que Sancho entendía ser misión de amo y escudero, el sol se oscureció y vio la tierra en tinieblas: eso es, la crueldad y la ignominia triunfantes por los siglos de los siglos, a causa de un hombre de orden llamado Sansón Carrasco.

Que Sancho es un escudero que sigue a su amo con cariño, queda probado en muchos episodios de la graciosa historia de Cervantes, pero de manera singular en el suceso de los batanes, porque al decirle don Quijote a Sancho palabras de adiós para el caso de que el caballero en la aventura hallara la muerte, el fiel servidor rompe a llorar a lágrima suelta. A este respecto, Cervantes comenta: “De estas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza, saca el autor de esta historia que debía de ser bien nacido, y por lo menos cristiano viejo”.

Evidente que en el muy razonable Sancho Panza, veces hay que alcanza y aun supera en la locura a su amo, lo que hace pensar al bachiller Carrasco que, todo y admirando el término y modo de hablar de Sancho Panza, veces hay que alcanza y unos se habrán visto en todos los siglos pasados. Pero como que de locos todos algo tenemos -y mal irá quien esto no crea-, lo que importa es saber ser loco en el momento que conviene, que en esto está lo difícil. El hombre, en un momento dado, y en defensa de lo que él crea justo, debe acometer con bravura el obstáculo, a trueque de que de él se diga: “Ese Fulano hace o dice una locura”. El hombre que en todo obra cuerdamente, que mide sus acciones y piensa sus palabras en demasía, no irá muy lejos. Hay sucesos en la vida del hombre y en la historia de los pueblos, en que son necesarios esos arranques de locura que cambian el destino de aquél y de éstos. No importa la crítica de la gente comedida, de los rentistas y leguleyos, que “un verdadero artista -léase

hombre de acción-, hace caso omiso del público. El público para él, carece de todo sentido, no existe”, dice Oscar Wilde.

El gran mérito de Cervantes, entre otros muchos, está en haber sabido crear una figura tan admirable como la de Sancho Panza, personaje estupendo, digno de imitación. “Don Quijote de la Mancha” sin Sancho Panza, sería algo así como un guisado sin sal.

Veces hay en que Sancho Panza se imagina ser quién sabe qué, y en su locura no se detiene ante nada; pero a menudo su cordura es a manera de freno que le clava en el suelo, no para enraizar, sino para dar el salto más alto y largo. Comúnmente, el loco que sabe ser loco, quiero decir el que sabe en un momento dado lanzarse a la lucha sin medir obstáculos, suele no ser engreído ni petulante, puesto que el orgullo, la vanidad, la pedantería, anidan siempre en los cerebros mediocres, en los enjutos de corazón, en los faltos de espíritu, en los cobardes. Y el Sancho de agudos pensamientos y de nobles acciones, es afectuoso, discreto, modesto. Vean cómo razona: ... “debían los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quieran, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por este mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quieran”.

¿Cuándo, esos advenedizos, que la mayor parte de las veces por caprichos de la suerte, y no por su valer, escalan puestos de mando y con orgullo husmean lo que de ellos se dice, mostrando enojo si no se les alaba, aunque alabanza alguna merezcan y sí en cambio vituperio, pueden mostrarse tan sin interés respecto a la ajena crítica? ¡Cuántas enseñanzas hay en la vida escuderil de Sancho Panza! ¡Qué bien harían algunos de esos hombres de pro que por preclaros pasan, en observar atentamente la vida de Sancho, tomando enseñanza de sus ocurrencias y refranes! Por ejemplo, cuando en el capítulo IX de la sin par historia cervantina, don Quijote le dice a su escudero: “con la iglesia hemos dado, Sancho”, la respuesta es al menos tan aguda como la indicación del amo, porque a lo que quiere ser a modo de advertencia del caballero buscador de buenas y malas venturas, Sancho, como no dando importancia al hallazgo o tropiezo, dice: “Ya lo veo... Y plegue a Dios que no demos con nuestra sepultura”. Y aunque parezca mentira, lo bueno del loco de Sancho, es que nunca pierde los estribos; siempre sabe lo que dice, lo que hace y a dónde va. Aun en los momentos de su mayor locura, sabe razonar discretamente. He aquí algunas de sus reflexiones, hablando con sigilo mismo: “Ahora bien, todas las cosas tienen remedio si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar la vida. Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues lo sigo y lo sirvo. Todo es verdadero en el refrán que dice: “dime con quién andas, decirte he quién eres”, y el otro de, “no con quien naces, sino con quien paces”. Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma cosas por otras y juzga lo negro blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, etc.”

Tocante a la previsión de Sancho Panza, nada hay de reprobable, sino mucho que recomendar. Nada saludable es irse por las ramas más de la cuenta. He aquí cómo el ilustre loco que es Sancho, sabe despreciar lo inseguro por venir, quedándose con lo seguro del presente. En cierta ocasión don Quijote le promete el mejor despojo que ganara en la primera aventura que se presentara, a menos que se contentara con las crías de las tres yeguas de la propiedad de don Quijote. Y Sancho le contesta: “A las crías me atengo, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no estoy muy cierto”.

La lucidez de Sancho queda bien probada en el delicado embuste (capítulo X, segunda parte), con el que deja a don Quijote tan desdichado, que mientras el escudero socarronamente disimula su risa, escucha los lamentos del cuitado Caballero de la Triste Figura: “En efecto, yo

nací para ejemplo de desdichas, y para ser blanco y terreno donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna”.

Sancho Panza tiene muchos méritos, pero uno de los en que él sobresale es que siendo enemigo de las mohínas, andando con su amo halla desazones, quebraduras de huesos, manteos, pependencias, hambres y noches bajo las estrellas. Otro mérito de Sancho: cree el escudero, loco a su amo; pero no ignora que la locura de su prójimo ya va con él, con la diferencia de que la locura de Sancho no le hace perder las proporciones, ni tampoco dejar de lado lo que a sus hijos conviene y su esposa espera de las andanzas y molimientos del ex labrador.

En el libro hay centenares de ejemplos que muestran a Sancho como a un buen sujeto, de buena crianza y de mejores sentimientos. En prueba de ello recuérdese la malaventura que yendo camino de Zaragoza les sucede, cuando se encuentran con el carro de la farándula, que al presentarse ante don Quijote el que va vestido de bojiganga, espanta a Rocinante y emprendiendo veloz galope, caballo y caballero caen por los suelos. Al correr Sancho en ayuda de su señor, se espantó también el rucio y echa por tierra a Sancho. El borrico no queda bien parado de la caída y doliéndose Sancho de ello por el mucho cariño que por el jumento siente, sin dudar un momento deja al asno con sus lamentos y acude presuroso en socorro de don Quijote. Luego de este accidente o aventura, comiendo amo y escudero, éste, recordando lo de las crías, le dice al desventurado don Quijote: “Señor, ¡qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que su merced acabara, antes que las crías de las tres yeguas! En efecto, en efecto, más vale Pájaro en mano que buitre volando”.

¿Se puede reputar a un hombre de egoísta, de materialista, por poseer el don de la previsión de que Sancho está dotado? No, porque si la tal previsión fuera cosa de todos los hombres, ¿no cabría pensar que el mundo andaría mejor? La previsión, la cautela, no quitan los ensueños, puesto que de todo tiene Sancho. Y al igual que don Quijote, también Sancho nutre su cerebro de esperanzas. Pierde el juicio don Quijote y a menudo también Sancho, sobre todo cuando espera las cosas inciertas. La diferencia entre ambos está en que las alucinaciones de Sancho son relampagueantes y las de don Quijote permanentes fantasías y desatinos sin cuento, aunque todo ello muy hermoso, al decir de Unamuno.

Cuidense los tartufos de motejar a Sancho Panza de pobre de espíritu, imbécil o materialista a ultranza, y aténganse a lo que dice don Quijote: “Cada día, Sancho, te vas haciendo menos simple y más discreto”. Y no olviden la modestia del escudero al contestar, “algo se me ha de pegar de la discreción de su merced”.

Verdad es que don Quijote apetece más las cosas deleitables para el espíritu que las de utilidad para el cuerpo, pero esta querencia de don Quijote, también penetra en Sancho; de ahí su léxico enriquecido y su cerebro con nuevas luces. Y de rústico y pacífico labrador se convierte, como su amo, en buscador de querellas, embistiendo contra los enemigos del linaje humano. Ello quiere decir que el hombre tosco -el bajo pueblo- si se le cuida con el esmero que a todos conviene, habrá de servir para todas las empresas de humana regeneración.

Entre Sancho y don Quijote, gran diferencia hay. Culto caballero es el señor y hombre sin letras el escudero. De todos modos, en el Caballero de los Leones sus sensatos discursos le dan figura de hombre de cabal y rico entendimiento, pero la acometividad con que entra en sus aventuras, le quitan toda cordura y razonamiento; y ahí está lo que podríamos llamar, nos atrevemos a decir, lo negativo de don Quijote. El no saber medir sus fuerzas frente a la fortaleza con la que se quiere batir y se bate, puede ser un acto heroico y bello, mas esas proezas le dan categoría de loco de atar, como el propio Sancho entiende. Y el tomar esta clase de lucha como norma, la lucha venga o no a cuento, con o sin fuerza suficiente, antes perjudica que beneficia. En cambio, en el escudero, se da el primoroso encanto de saber juntar la prudencia con la

valentía, la previsión con la esperanza, la astucia con el cálculo. Medir las distancias, no confundir molinos de viento con gigantes y viendo en los leones de carne y hueso a verdaderos leones, que no encantadas bestezuelas a las que se puede domar en un santiamén y porque así le dé a uno la gana. Nos lo dice Cervantes, y no nos vengamos con el tópico del leer entre líneas: "Ya se le tenía por cuerdo (a don Quijote), ya por loco, porque hablaba concertado, elegante y bien, y lo que hacía disparatado, temerario y tonto era". Y este obrar, ¿no es acaso peligroso? Pueblo que se mire en tal espejo, pueblo que puede ir a la bancarrota, y nadie se escandalice si tal decimos, porque no pensamos que se debe actuar, ni apetecemos que se actúe, sin ningún ideal guiador. Luchar por un ideal, deben hacerlo todos los hombres, pero el desatino no engrandece la idea ni aprovecha a las personas. Anhelar un mundo mejor y entregarse en cuerpo y alma a la lucha para conseguirlo es honroso y aconsejable. Bueno es salirse del lodazal infecto de las bajas pasiones, de las desmedidas ambiciones que enfrentan a unos hombres con otros y huir de querer imponer a otro sus concepciones por la fuerza, diciendo a troche y moche al prójimo: "lo que yo quiero has de querer". Sancho algo entiende de esto, pues no en vano don Quijote le dice: "Ni la pasión te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga".

Apego a las doctrinas y fidelidad a la amistad, es de hombre bien nacido. Los ambiciosos de mando y de riquezas, suelen no ser amigos de nadie y es dudoso que ideal alguno les guíe. ¡Ojalá todos los mortales fuéramos como Sancho Panza el bueno, el leal, el abnegado servidor de su señor, que Cervantes ha inmortalizado!

En la plática con la duquesa y antes de que fuera Sancho Gobernador de la Barataria, le dice a la señora que él, Sancho, ha de seguir a don Quijote porque es fiel y agradecido, y que ningún suceso, aparte el de la pala y el azadón, les ha de separar. Y que si no le quiere dar el prometido gobierno, tanto se le da "porque de menos me hizo Dios, y podría ser que el no dármele redundara en pro de mi conciencia, porque por su mal, le nacieron alas a la hormiga".

No es Sancho corto de entendimiento, ni tiene un adoquín por corazón. En Sancho, la venganza y el rencor no cuentan. Cuando don Quijote le habla, más a menudo de lo que conviene a su caballerosidad, de vengar agravios y tomar cuenta de los ultrajes recibidos, Sancho, razonable y de buena crianza, algunas veces se hace el remolón y otras replica con naturalidad, sin la afectación de los hipócritas: "No hay para qué, señor, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos". A lo que don Quijote ha de contestar: "Pues esa es tu determinación, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, Sancho sincero, dejemos las venganzas".

¡Oh, hermano Sancho! Si tus enseñanzas, tus consejos, tus luces, tu hombría de bien pudieran servir de ejemplo para los que nos ha tocado en desgracia vivir en este siglo de la energía atómica, ¡con cuánta holgura gozaríamos de los bienes terrenales! Porque si las locuras de don Quijote pueden ser causa de magulladuras y enredos sin cuento, y de malquerencias y enconos las impertinentes arrogancias de los que pretenden dominar al mundo tanto en lo espiritual como en lo material, tus sabios consejos, ¡oh, Sancho! de ser tenidos en cuenta en esta humanidad quejumbrosa de 1947, nuestras inquietudes respecto a la felicidad universal no existirían y en la tierra no habría dictadores, falsos sacerdotes, corrupciones, ociosidad, maldicientes lenguas, esquivez y pobreza.

Yo, que siempre he sido admirador y partidario de las sentencias y refranes de Sancho Panza, quisiera que fueran estandarte de lucha y nuestro común programa, sin parar mientes en los parloteos de las comadres holgazanas que, fingiendo escandalizarse por vernos cogidos del brazo del bueno de Sancho, lanzan denuestos por ir Sancho y nosotros por esos mundos batallando para que no sea cosa del hombre el lamento de don Quijote al decir: "Me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y la naturaleza hicieron libres". Porque Sancho Panza, que es el pueblo, se afina, se pule, se instruye y, llegado el momento en que su fuerza le

permite acometer con éxito, se lanza contra esa esclavitud maldecida por el Caballero de la Mancha.

Hay escritores que pasan como un meteoro y al irse se llevan a la tumba sus obras. No dejan rastro de su paso por la tierra porque sus personajes mueren con ellos. Cervantes también se fue pero legó a la posteridad dos creaciones geniales: Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza. El señor Alonso Quijano, enloquecido de amor por la Justicia, idealiza su batallar embelleciendo a una apestosa campesina trocada en la más primorosa de las princesas. Con esta alucinante imagen por bandera, lanza en ristre, camina por tierras de España, altanero y desafiante. Su caminar penoso aun no ha terminado; su disputa con los follones sigue todavía y el hombre, ojo avizor, huye de los pasos de don Quijote, con el turbio designio de verlo caído y maltrecho en alguna traidora encrucijada. Y Sancho Panza, regordete y noble campesino que acompaña al Caballero en su penar, es la voz de la realidad que advierte el peligro. La violenta terquedad, la flama de la Libertad que en el uno le mueve al apóstrofe y a la imprecación contra lo material, se junta a lo material del otro y ambos, unidos por los siglos de los siglos, forman esa pareja inmortal, auténtica representación de un pueblo que no se resigna a morir.

Fue en un lugar de la Mancha que nacieron y murieron Alonso Quijano y Sancho Panza. Unamuno, que en vida buscaba la tumba del Quijote, murió en su Salamanca ahogado por la fuerza del mal, la misma que el Quijote combatiera. A nosotros, que no nos importan las tumbas en que yacen esas dos criaturas cervantinas, ¿nos será permitido ver su resurrección algún día de nuestra vida? O bien, ¿moriremos enloquecidos de ver a la Libertad estrangulada para siempre en la patria de Cervantes? Y en esta inquieta tensión, con la espina del destierro clavada en nuestras carnes, entristecidos, “porque hay que pagar con la tristeza y la desolación el orgullo de haber pensado, ya que la alegría de comprender es triste”, según sentencia Anatole France, veces hay que tememos sea en el destierro que exhalamos el postrer suspiro... clavada en la mente la frustrada aventura del Quijote.

Al ideal que es el Quijote, va apegada la plebe que es Sancho. Y la plebe la componen los hambrientos, los perseguidos, los peregrinos que van en pos de la Verdad, los ilusos que piensan que “vale más buena esperanza que ruin posesión”, que huyen de la vanidad para caer maltrechos en las yermas planicies de la tierra ibérica o yacer diezmados a la sombra de un árbol solitario y esquelético que señala a lo alto indicando que la Justicia ha levantado el vuelo hacia las alturas escapando de la agresividad de los generales y de los obispos, que querían estrangularla. Y en ese pueblo, en cuyo seno anidan la venganza y el odio perpetuos, la solitaria voz de Sancho, clama por el olvido a los agravios. En vano. Cuando la ruin estratagema de sus semejantes le deparó caer como Gobernador de Barataria, en su efímero reinado aprendió Sancho a saber cuán inmensa es la insensatez humana; y aquel cetro que en sus manos pusieron en razón de su autoridad, lo hubo de trocar en estaca, para, a garrotazo limpio, ahuyentar de su lado tanta bajeza, hipocresía y maldad. La malquerencia de los hombres quiso el Gobernador Sancho evitar y de no haber sabido escapar a tiempo, en el cieno más inmundo su alma se hubiera sumido. Pero Sancho se salva por estar imbuido de una penetrante sensibilidad. Y su gracia, su sagacidad, su agudeza dejan boquiabierta a los corifeos que holgándose en el daño ajeno, pretendían confundir su lucidez. Pero lo que sus pérfidos “amigos” ignoraban, es que siendo Sancho un hombre enjundioso en sus ocurrencias, también está impregnado de una quijotesca espiritualidad; porque es un alma sencilla, no un vanidoso, ni puntilloso, ni vidrioso, ni tampoco pendenciero. Y si en él hay intransigencia, es para el bien hacer. Desconoce Sancho el léxico del leguleyo y huye de la mendaz bravuconería de los recalitrantes en la añagaza. No es Sancho de los roedores que hincan el diente en el queso ajeno porque en su idiosincrasia de hombre del pueblo, solamente toma lo que es lícito y en buena ley le corresponde. Verdad que Sancho no posee un ideal en su cerebro, pero el ideal lo siente dentro del pecho. Y el ímpetu que le ha pegado su amo y señor, le fuerza a los más poderosos desatinos, a los desatinos de los que luchan empujados por algo inmaterial. Porque Sancho ha aprendido a saber, en sus días de ayuno y de fatigar continuo, que “sólo las

naturalezas débiles renuncian”, y que los fuertes no se acomodan fácilmente al buen yantar ni al muelle lecho. Como también sabe que “el hombre es hijo de sus obras”, no olvida el consejo del Quijote cuando le dice: “no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo”. Nada consigue turbar sus sentidos, ni tampoco le ciega el engreimiento.

Si Eca de Queiroz ha escrito, “ni San Miguel Arcángel que de los cielos bajara con todo y su espada luminosa, sería capaz de intimidar a esa gente voraz y agresiva”, Sancho, comprendiendo que nada podía remediar siendo Gobernador de Barataria, intenta volver a sus campos, a sus siembras, a sus pesares de gañán, de los que entiende que nunca debiera haber salido para la buena salud de su cuerpo, pero se queda nuevamente pegado al Quijote como fiel y errante escudero. La razón y su Teresa le prohibían volver por el mismo camino que a Barataria le condujo, pero su lealtad tenía más fuerza que el apego a los suyos. No, Sancho no es un camaleón de embelecocos y falsías, ni hombre de bandería que cae de hinojos ante los flordelisados que ponen herraduras de plata a sus caballos. Precavido, sí; pero también de fervor quijotesco; pies de plomo en el andar, pero no espinazo que se dobla ni tampoco venal ante el poderoso. Cazarro como iletrado que es, sí; pero descreído, no. Si en Sancho hay insociabilidad, se debe a la ignorancia de las cosas del mundo en que le tocara vivir antes de su vida escuderil y que es la ignorancia del común de los españoles, que va del brazo de la miseria, derramando ambas el malestar, la envidia, las pendencias, la muerte en aquel caótico pueblo, en el que el todopudiente con armas de fuego acalla el cuerdo razonar. Y en donde la brutalidad del terco agresor desgaja el árbol de la idea, y como con ideales allí no se puede vivir, Sancho Panza montado en su borrico, escapado de España, va por esos mundos emigrado pero altivo, ensartando refranes que confunden a los tiranos de su pueblo.